

TARAHUMARAS

PUEBLOS INDÍGENAS
DEL
MÉXICO CONTEMPORÁNEO



PUEBLOS INDÍGENAS DEL MÉXICO CONTEMPORÁNEO

COORDINACIÓN ACADÉMICA

Enrique Serrano Carreto

Lilia Cruz-González Espinosa

CONSULTORÍA EN DEMOGRAFÍA

Constanza Rodríguez Hernández

SISTEMA DE INFORMACIÓN GEOGRÁFICA

Verónica Gámez Montes

José Alberto Salas Serrato

Laura Virginia García Vidales

SERVICIOS DE INFORMACIÓN Y CÓMPUTO

Eduardo Bello Jiménez

Patricia Moreno Hernández

María de Lourdes Ayala

Blanca Ramírez Martínez

NOTA SOBRE EL AUTOR

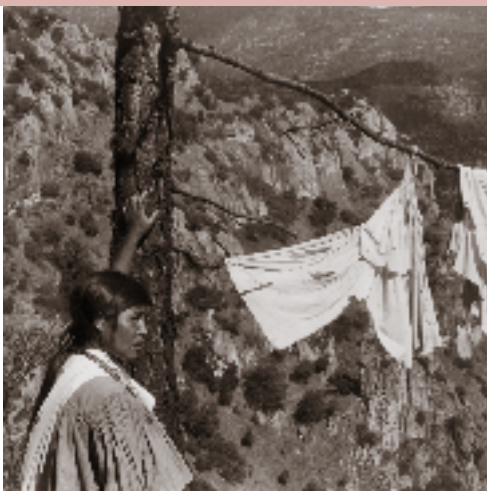
Ana Paula Pintado Cortina es antropóloga social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia y maestra en Antropología y Desarrollo por la Universidad de Sussex, Inglaterra. El tema de investigación de sus estudios doctorales es identidad y fiestas rarámuri.

Fotografía 1a de forros y portada: Isabel Luna junto a su milpa, usa ropas viejas para espantar pájaros en sus sembradíos. Batopilas, Chihuahua. Fotógrafa Ana Paula Pintado, 2000. Acervo personal.

Fotografía página 5: Detalle de la fotografía en pág. 29.

TARAHUMARAS

ANA PAULA PINTADO CORTINA



COMISIÓN NACIONAL
PARA EL DESARROLLO
DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS



México

CDI
972.004
C65
TARAH.

Pintado Cortina, Ana Paula

Tarahumaras / Ana Paula Pintado Cortina. -- México : CDI : PNUD, 2004.

39 p. : retrs., tabs. -- (Pueblos indígenas del México contemporáneo)

Incluye bibliografía

ISBN 970-753-019-7

1. INDIOS DE CHIHUAHUA – TARAHUMARAS 2. TARAHUMARAS – VIDA SOCIAL Y COSTUMBRES 3. TARAHUMARAS – HISTORIA 4. TARAHUMARAS – RELIGIÓN Y MITOLOGÍA 5. TARAHUMARAS - ECONOMÍA 6. TARAHUMARA (LENGUA) 7. MITOLOGÍA TARAHUMARA 8. TARAHUMARAS – RITOS Y CEREMONIAS 9. AWÍLACHI (FIESTAS) 10. DEPORTES TARAHUMARAS I. t. II. Ser.

D.R. © 2004 Ana Paula Pintado Cortina

Primera edición, 2004

D.R. © 2004 Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas

Av. Revolución 1279, Colonia Tlacopac, Delegación Álvaro Obregón,

C.P. 01010, México, D.F.

D.R. © 2004 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

Av. Presidente Mazarik 29, Colonia Chapultepec Morales, Delegación Miguel Hidalgo,

C.P. 11570, México, D.F.

ISBN 970-753-019-7 / Tarahumaras

ISBN 970-753-006-5 / Pueblos Indígenas del México Contemporáneo

<http://www.cdi.gob.mx>.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Impreso y hecho en México

TARAHUMARAS



TARAHUMARAS (RARÁMURI O RALÁMULI)

LOS TARAHUMARAS SE LLAMAN A SÍ MISMOS RARÁMURI¹ que traducen como “gente” en oposición al “mestizo”, al hombre de barba, el chabochi o *yori*.²

¹ Vocablo que también puede ser escrito como *ralámuli*, lo que ha suscitado un debate. Estudiosos del idioma sobre la grafía de la lengua tarahumara y lingüistas como Don Burgess, Enrique Servín y Leopoldo Valiñas, además de algunos antropólogos sociales como William Merrill, consideran que esta lengua se debe escribir con las reglas propias de la escritura que representen su sonido. Tal es el caso del etnonímico con la que se autodenominan: *rarámuri*; esta palabra, tal y como está escrita, sigue la regla del español, es decir, se escribe con oídos hispanohablantes, porque esas [r] intervocales en realidad no son consonantes normales, ya que tienen un sonido intermedio entre [r] y [l]; y son identificadas como “líquida retrofleja”. Ésta, cuando se encuentra al inicio de una palabra, suena como la [l] del español. Es un fonema característico de la lengua tarahumara. En 1989, hubo un intento de estandarizar la forma de escribir el tarahumara, este proyecto se truncó y no se ha retomado. Como no hay un consenso institucional continuaremos usando esa [r] que resulta muy poco convincente, pero que en los textos, sobre todo en los gubernamentales, se sigue usando.

² *Chabochi* viene de *chabó*, que significa “pelusa”, y *chi*, que en este caso es el sufijo de lugar “en”. Por lo tanto, la palabra se traduce como “los que tienen pelusa”, es decir, barba.

Los tarahumaras son reconocidos por su resistencia física. En su juego del rarajipa, los hombres corren muchos kilómetros atravesando el escarpado paisaje de las barrancas o los valles de la cumbre.

De hecho siempre escuchamos a los gobernadores indígenas hablarles a la gente con la frase: “kuira bá rarámuri” (“hola, qué tal, gente”).

La mayoría de los tarahumaras³ viven en la Sierra Tarahumara, ubicada en el noroeste de México, en el estado de Chihuahua. Es una región donde escasea el agua, de clima extremoso: encontramos profundas y calurosas barrancas, al igual que elevadas y frías cumbres. Pese a las prolongadas sequías, la Sierra se distingue por su inmensidad y su impactante belleza.

También hay grupos de rarámuri en las grandes urbes de Chihuahua (capital del estado homónimo) y Ciudad Juárez, y en los

estados de Baja California, Coahuila, Durango, Sinaloa, Sonora y Tamaulipas. Todos ellos han migrado en busca del sustento que no encontraron en su lugar de origen.

Hoy en día, el traje tradicional de las mujeres tarahumaras es un diseño de la Colonia: faldas o *sipúchaka* de pliegues, muy amplias, y blusas o *mapáchaka* holgadas. Al principio usaban algodón blanco y posteriormente comenzaron con los colores, entre más chillantes, más agradables a la vista del tarahumara. Las únicas mujeres que se visten hoy con faldas blancas son las ancianas. Las faldas y las *mapáchaka* son reversibles: están cosidas de cierta forma para que uno pueda voltear la ropa y aprovechar los dos lados, porque a las telas, de tanto andar por los caminos —pastando a las chivas o cortando leña—, les da el *majaguá rayénari*, es decir, se asustan con el sol. Para el diario, traen puestas de tres a cuatro faldas, y cuando es día de fiesta se ponen unas tres faldas más. Los hombres usan calzones o *wisiburka* —con un pico que sobresale de atrás—, al igual que una faja tejida por ellos; en algunas regiones,

³ Cuando se escribió esta monografía —en 2003— había un total de 121 835 hogares tarahumaras y 75 558 hablantes de esta lengua (INI-Conapop-NUD). En 1853 los rarámuri eran entre 25 000 y 30 000 (Orozco y Berra, *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, vol. II, p. 693). El *Censo Nacional de Población* del año 1970 registró 25,479 individuos, aunque había autores que afirmaban que, en realidad, su número era de unos 50 mil. Debe tomarse en cuenta que, dada su dispersión, hubo dificultad para registrarlos en los censos; se considera que los últimos son más seguros.

como en Norogachi, las mujeres también la usan.

Los rarámuri, sobre todo en los días de fiesta, portan una corona de tela blanca o de colores llamada *koyera*. Llevan sus *aká* o guaraches de suela de llanta y correas de cuero.

Los tarahumaras son reconocidos por su resistencia física. En su juego del *rarajipa*, los hombres corren muchos kilómetros atravesando el escarpado paisaje de las barrancas o los valles de la cumbre. Por ejemplo, el historiador alemán del deporte, Carl Diem, hace referencia a la hazaña que, en 1932, realizó el rarámuri Luis Rosas, quien recorrió ininterrumpidamente durante 72 horas, sobre el terreno pedregoso de la región, 560 kilómetros pateando una bola de madera.

El juego de las mujeres es la *ariweta*: con un palo van impulsando un aro de sotol⁴ envuelto en tela, corriendo aproximadamente 70 kilómetros.

Tan reconocida resulta la dureza física de los rarámuri, que los hombres son invitados a los ultramaratones de 100 millas en Colorado y Los Ángeles, donde en 1993 Victoriano Churo alcanzó el primer lugar, hazaña que repitieron Juan Herrera en 1994 y Cirildo Chacarito en 1997. Éstos son solamente algunos de los famosos co-

⁴ Planta liliácea de la que se obtiene una bebida alcohólica que recibe el mismo nombre.



Valentín Catarino Figueroa, tejiendo faja.
Batopilas, Chihuahua.
Fotógrafa Ana Paula Pintado, 2002.
Acervo personal.

rredores que prefieren correr descalzos o con sus *aká*, antes que usar tenis.

Menos conocidos, pero igualmente talentosos, son los músicos, como Erasmo Palma, a quien le fue adjudicado un premio nacional en 2002. Las canciones de Palma, al igual que las de Martín Chávez, están inspiradas en “la danza del *Paskol*” y “la del *Matachín*”. Por toda la Sierra se escucha —en las escuelas, en los hogares, a través

Vivían en Pie Monte, en lo que es ahora la porción oriental de la Sierra. Los “tarahumaras” eran uno de los varios grupos nativos de ese territorio.

de la radio XETAR y las grabadoras de los rarámuri—, el *Semati sillóname repákoró*, (*Bonito azul del cielo*) de Erasmo Palma y el *We semati Chihuahua* (*Muy bonito Chihuahua*) de Martín Chávez, versión rarámuri del corrido *Qué bonito es Chihuahua*.

En el dominio de las artesanías, los lauderos (hacedores de instrumentos musicales de cuerdas) siguen tallando con minuciosidad y precisión sus violines; un ejemplo es Patrocinio López, reconocido y premiado por Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías (Fonart) por su brillante trabajo. Como todos los rarámuri que hacen violines, es autodidacta; para fabricar un instrumento tarda alrededor de una semana, trabajando desde que amanece hasta el anochecer. Muchas de las herramientas que utiliza se las han regalado sus amigos estadounidenses, y otras las ha hecho él. Su cuñado Valentín Catarino y el primo de éste, Ramón Figueroa, fueron a Cremona, Italia, para perfeccionar la elaboración de sus violines.

A lo largo de esta monografía, nos adentraremos un poco a estos pueblos para conocer su historia y su particular forma de

vida. Como se puede apreciar, hablamos de pueblos tarahumaras o rarámuri, en plural, por la gran diversidad cultural que existe entre ellos: desde la lengua, que se articula con variantes de región a región, hasta las formas de vida y las cosmovisiones.

En 1603 llegó el primer misionero de la Compañía de Jesús, el padre Joan Font. En esa época, los tarahumaras vivían en Pie Monte, en lo que es ahora la porción oriental de la Sierra. Los “tarahumaras” eran uno de los varios grupos nativos de ese territorio; sin embargo, a pesar de que éstos no se pensaban a sí mismos como pertenecientes a un solo grupo cultural, los misioneros aplicaron el término tarahumara a todos los hablantes de las variantes de la lengua: a los guazapares, los chínipas, los témori o los guarijfos, entre otros.

Cuando llegaron los misioneros, los rarámuri vivían en ranchos distanciados unos de otros. No había pueblos ni centros donde reunirse. Cultivaban maíz, frijol y calabaza, y practicaban la recolección silvestre. Además de la pesca, cazaban animales que hoy en día ya no existen o están en peligro de extinción; por ejemplo, faisanes, guacos

(pavo real de la zona), garzas, patos, codornices, golondrinas, conejos; varias especies de ardillas y ratones; zorrillos, mapaches, venados cola blanca y jabalíes, al igual que algunos reptiles y anfibios, como la lagartija y la rana, sobre todo en las temporadas en que los granos y los vegetales silvestres escaseaban. Para sus curaciones usaban la víbora de cascabel, el zorrillo, el oso, el lobo y el coyote. Estos tres últimos también servían como alimento. Recolectaban diversas clases de hongos y gran variedad de frutas y nueces: moras, tejocotes, capulines, zapotes y fresas, bellotas y piñones. Entre las plantas medicinales que utilizaban se encuentran el peyote, el toloache, el tabaco, la caña, el bromo o *basiáwari*, la yerbabuena, el amole, la yuca y el orégano.

Existe la idea de que, a diferencia de otros grupos, no tenían una organización política que incluyera a todas las comunidades de hablantes del tarahumara y que tampoco estaban incorporados a un sistema político mayor —como los imperios del centro de México— sino que eran unidades políticamente autónomas. Sin embargo, esto no se ha demostrado.

A partir de las cartas y diarios de los misioneros de esas épocas, sabemos que los tarahumaras tenían sus propias fiestas y que usaban el *batari* o *tesgüino*, la cerveza de maíz.

En la segunda mitad del siglo XVII, la vida de los tarahumaras cambió radicalmente. Fue un periodo de gran transformación, pues debieron relacionarse con culturas que nunca antes habían visto ni imaginaban que existían. No sólo con la cultura de los españoles y, en general, de los europeos, sino también con la de africanos. Los misioneros intentaron concentrar a los tarahumaras en poblados alrededor de las misiones para poderlos catequizar y, a la vez, servirían de reserva de mano de obra en las minas y en las haciendas agrícolas de los españoles. A los tarahumaras no les gustó vivir en pueblos; tampoco trabajar en las haciendas, ni mucho menos en las minas. Según un texto del padre Verplanken —misionero de la Compañía de Jesús en la Tarahumara—, parecía que para los indígenas trabajar dentro de las minas significaba meterse en el inframundo. Hoy, el inframundo representa para los tarahumaras el lugar

En la segunda mitad del siglo XVII, la vida de los tarahumaras cambió radicalmente ... debieron relacionarse con culturas que nunca antes habían visto ni imaginaban que existían.

de donde salen, entre otras cosas, las enfermedades y las catástrofes naturales.

Los tarahumaras descubrieron, de forma repentina, que ya no eran los dueños de su territorio y que, peor aún, su forma de vida “debía cambiar”. Ante esta situación tuvieron una respuesta violenta, por lo que los españoles los designaron como “indios de guerra”, “bárbaros”, “enemigos” o “depredadores”. El siglo XVII fue un periodo de enfrentamientos sangrientos. Junto con los pimas, los tarahumaras quemaron y destruyeron más de 20 misiones y visitas. También fue un siglo de fuertes migraciones por parte de los indígenas, quienes, al rechazar la violencia de las rebeliones, se refugiaron en zonas alejadas del conflicto, sobre todo al suroeste de la Sierra.

En esta época hubo un gran descenso de la población. Muchos indígenas murieron por epidemias o conflictos con los españoles y los sobrevivientes se unieron a otros pueblos indios o se asimilaron a la población mestiza emergente. Por esta razón, para el siglo XVII ya no había tantas “naciones”. Las categorías se generalizaron.

Hacia finales del siglo XVII, los hablantes de tarahumara estaban concentrados en el oeste de Chihuahua, dentro y alrededor de poblados habitados por guarojíos, guzapares y pimas.

A partir del siglo XVIII y hasta hoy día, los rarámuri escogieron la resistencia pasiva; algunos se subordinaron de manera aparente a las formas religiosas y de organización social que imponían los misioneros, y otros se fueron a regiones alejadas. Así, decidieron dejar a un lado la resistencia armada y se constituyeron en un grupo que, de forma prudente, protegió sus tradiciones y tomó lo que le convenía de la cultura occidental.

En 1767 el rey Carlos III de España expulsó a los jesuitas de todos los territorios coloniales y, por ende, de la misión tarahumara. Los frailes franciscanos, los sacerdotes diocesanos y los josefinos ocuparon algunas de las misiones, pero debido a las guerras de Independencia no lograron el impacto alcanzado por la Compañía de Jesús. No tenían suficientes subsidios ni personal. Las misiones, prácticamente abandonadas, fueron objeto de saqueos y las ocuparon los mestizos. Muchos documentos de los frailes se perdieron o fueron destruidos, por lo que de esta época se sabe poco.

Puede decirse que fue una época de “abandono”, a partir de la cual los rarámuri, quienes ya habían sido “con-

... debieron “adaptar” sus creencias a la nueva religión que se les imponía.



La Semana Santa hace 60 años. Guachochi, Chihuahua.
Fotógrafo Agustín Maya, 1946.
Fototeca Nacho López, CDI.

vertidos” al cristianismo, readaptaron las prácticas cristianas a sus formas especiales de pensar y de ser rarámuri: “indios de guerra”, que se negaron a concentrarse en pueblos y a trabajar en las minas, y que siguieron adorando a sus antepasados, al mismo tiempo que adoptaron elementos introducidos en su cultura por los jesuitas. Bajo la primera catequización debieron “adaptar” sus creencias a la nueva religión que se les imponía. Cuando se fueron los jesuitas, sin llegar a ser realmente sustituidos por los franciscanos y diocesanos

—quienes los relevaron— se creó un espacio de nueva autonomía y se produjo una “readaptación” adicional, un intento de retorno a las formas tradicionales de cosmovisión, parcialmente alteradas durante el periodo de las “misiones”. Por ejemplo, en sus fiestas insertaron elementos de la religión católica y su música adquirió nuevos instrumentos: a la sonaja, al tambor y, tal vez, al chapareke (instrumento de cuerdas que se toca con los dedos y cuya caja de resonancia es la cavidad bucal), se sumaron los sonidos del violín y la guitarra.

Las mulas, los bueyes y las cabras, que habían traído los conquistadores, aparecieron en la vida de las comunidades y se volvieron indispensables. Parece que el uso del maíz como alimento también sufrió un cambio, pues antes lo comían tostado y molido en el metate, es decir, como pino-le, y a la llegada de los españoles adoptaron la tortilla; este alimento, propio de los grupos indígenas del sur del país, fue introducido en la Sierra por los misioneros. Con la domesticación de animales comienza la transformación de una cultura semisedentaria (que combinaba la agricultura, la caza y la recolección) hacia una cultura de agricultores con “residencias móviles”, es decir, que viven la temporada de invierno en las barrancas y la de verano en la cumbre. Las fibras vegetales, utilizadas en la confección de sus vestidos, fajas y cobijas, fueron sustituidas por la lana de borrego. A los tradicionales cultivos de maíz, frijol y calabaza, se añadieron los de trigo, garbanzo, chícharo, papa, manzana, durazno y ciruela, entre otros. También adoptaron el arado de madera, los sistemas de riego y las herramientas de hierro. Esta metamorfosis, sobre todo en el caso de los elemen-

tos religiosos, no fue homogénea en toda la Sierra: dependía de qué tan lejos se encontraban los tarahumaras de las misiones de la Compañía de Jesús.

En cuanto a la organización política, empezaron a usar nombres como general, alguacil, fiscal, policía y mayor, estructura organizativa, aunque de origen español, tiene una interpretación muy rarámuri. Otros cargos, como el *siríame*, o gobernador, el *tibúame* o *tenanche*, o el *chapeyoko* existen desde antes de la Colonia.

Por otro lado, aparecieron los términos gentil o cimarrón (*simaroni*) y *pagótame*. Los dos primeros se utilizaron para designar a los grupos tarahumaras que rechazaron el bautismo cristiano y se alejaron de las misiones; algunos se dirigieron hacia la región suroeste de la Sierra Tarahumara, donde se encuentran las cuencas de los ríos Batopilas, Urique y Verde, y otros se fueron más hacia el norte, a la región de Babarocos, cerca de la frontera con el estado de Sonora (esta última área no sólo incluyó fugitivos rarámuri, sino también yaquis, mayos y pimas). Para un misionero jesuita de 1757, se trataba de un sitio “que acaba de comprender todas esas bocas del infierno,

Con la domesticación de animales comienza la transformación de una cultura semisedentaria hacia una de “residencias móviles”.

a donde acogen, y en donde perecen casi todos los malévolos y huidos de ambas tarahumaras: Alta y Baja”.⁵

Pagótame, cuyo prefijo *pagó* significa “lavar”, es un término de la lengua tarahumara adoptado por los misioneros para nombrar a los indígenas que aceptaron el bautismo católico y, por lo tanto, vivían cerca de las misiones. Hoy en día, los rarámuri siguen haciendo una diferencia entre pagótame y gentil o simaroni; sin embargo, no puede decirse que los simaroni sean más “puros”.

A lo largo de la Colonia, y hasta nuestros días, se sucedieron migraciones que conllevan grandes influencias culturales; es decir, que hay quienes sin ser pagótame adquirieron tradiciones de pagótame. Lo que sí podemos apreciar es que en la actualidad las fiestas de los rarámuri que viven cerca de las misiones tienen mucho más elementos católicos que las fiestas de

⁵ Han habido varias formas de interpretar la división entre la Baja y la Alta Tarahumara; en este caso se refiere a la diferenciación que hicieron los jesuitas en el siglo XVII. La Baja Tarahumara o la Antigua Tarahumara comprendía las misiones en la zona del Conchos, y la Provincia de la Alta o Nueva Tarahumara integraba las misiones más recientes (Carlos González H. y Ricardo León G., *Civilizar y exterminar. Tarahumaras y apaches en Chihuahua, siglo XIX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Instituto Nacional Indigenista (Historia de los pueblos indígenas de México), 2000, p. 54.

... aparecieron los términos gentil (o *simaroni*) para designar a los que rechazaron el bautismo cristiano y se alejaron, y *pagótame* para los que aceptaron el bautismo y vivían cerca de las misiones.

quienes habitan en comunidades más alejadas de la influencia cristiana.

De manera indirecta, la actividad minera impactó fuertemente la forma de vida de los tarahumaras. A partir de las minas hubo un gran crecimiento demográfico en lugares muy apartados. Por ejemplo, al final del siglo XIX en Batopilas, la primera ciudad electrificada en México y la segunda en Latinoamérica, ubicada en la región centro sur de la Sierra Tarahumara, había 15,000 habitantes: hoy su número es sólo de 1,500, aproximadamente. Los poblados “mineros” estaban encañonados en profundas barrancas, “en medio de la nada”, lo cual no era un obstáculo para que los grandes hacendados hicieran transportar incluso sus pianos de cola sobre las espaldas de los tarahumaras. Dentro de este auge económico, se construyó en 1899 el ferrocarril Kansas City, al que en 1961 se le rebautizó con el nombre de Chihuahua-Pacífico.



Familia Catarino López fuera de su casa de la cumbre. Batopilas, Chihuahua. Fotógrafa Ana Paula Pintado, 1993. Acervo personal.

En 1900 regresaron los jesuitas a la Sierra, reiniciando su labor evangelizadora y fundando escuelas, aunque nunca lograron el impacto que tuvieron en su primera visita. Hoy en día, la perspectiva de la Compañía de Jesús ha cambiado mucho: en los años setenta se reflexionó sobre el trabajo misional y se fue construyendo poco a poco una conciencia en torno al respeto a las tradiciones de los rarámuri (aun cuando queda mucho por hacer).

En 1938 se abrió la Escuela Normal para maestros indígenas en Guachochi, proyecto por demás trascendental encaminado a que el rarámuri no olvidara sus tradiciones y adquiriera conocimientos para defenderse y exigir sus derechos como ciudadano mexicano. Esta escuela sigue funcionando hasta la fecha, pero con muchos problemas. Al gobierno mexicano le ha faltado profundizar más en la labor del maestro rural. Muchas veces su condición de vida no es la adecuada, por ejemplo, casi la mayoría se encuentran retirados de sus familias. Por otro lado, hace falta una evaluación en cuanto a la preparación que reciben. Debemos considerar al maestro rural como un elemento central en el desarrollo de los pueblos indígenas. De esta escuela nació el Consejo Supremo Tarahumara, de gran impacto en su época, con la idea de impulsar el surgimiento de líderes.

Durante la Reforma Agraria, los tarahumaras fueron dotados de tierras ejidales; entonces se crean los aserraderos o se realizan las contrataciones con las compañías madereras. Los bosques de la Sierra Tarahumara sufrieron una explotación irracional, sin que existiera acción alguna de reforestación. El auge destructivo fue en 1950, y ya para 1990 muchos aserraderos habían cerrado.

En 1952, el presidente Miguel Alemán inauguró el Centro Coordinador Indigenis-

... a lo largo de su historia han demostrado un gran apego a sus tradiciones, sus peculiaridades son valiosas e importantes para su sobrevivencia como grupo.

ta de la región tarahumara, cuyo primer director fue Francisco Plancarte. Desde esa época hasta la fecha el Instituto Nacional Indigenista, ahora Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, trató de mejorar el desarrollo de los pueblos indígenas de la Sierra: construyó escuelas, abrió clínicas de salud e introdujo programas de desarrollo.

Un proyecto de gran éxito ha sido la radio indígena llamada XETAR, donde guarijíos, tepehuanos, pimas y tarahumaras se expresan en su propia lengua; asimismo, además de promover su cultura, sobre todo su música, la programación de la emisora incluye cápsulas informativas, donde el indígena se puede enterar de lo que sucede en otras partes del país y del mundo.

La historia del INI ha tenido aciertos y errores. A lo largo de los años ha cambiado su perspectiva sobre la idea del desarrollo en los pueblos indígenas. Al principio, su política se dirigía más a transformar la cultura de estos pueblos que a considerar la posibilidad de preservar sus tradiciones. Los tarahumaras, quienes a lo largo de su historia de contacto han demostrado un gran apego

a sus tradiciones, nos han hecho caer en la cuenta de que, como ocurre con cualquier otro grupo humano, sus peculiaridades son valiosas e importantes para su sobrevivencia como grupo. Ellos han demostrado que el fracaso de los programas de desarrollo se debe a que no se toma en cuenta su opinión, su historia, sus raíces. Hoy en día, la CDI intenta respetar sus tradiciones en el momento de crear un programa de desarrollo. Por ejemplo, antes la idea de desarrollo era poner pisos de cemento y techos de lámina, sin considerar que la arquitectura de sus casas es sabia, pues están hechas con los materiales de la región para mantenerlas frescas y acogedoras. Actualmente, la CDI reconoce la necesidad de saber qué es lo que ellos prefieren ante su modernidad. Sin embargo, aún hace mucha falta reflexionar; debemos impartir una educación de respeto, donde nos sensibilicemos y logremos comprender el mundo tan complejo y diferente de estos pueblos.

La Sierra Tarahumara sigue siendo una región en la que diversas culturas se enfrentan: las culturas indígenas y las mestizas. Es un territorio compartido por rarámuri, wari-

... la división municipal no coincide con las redes sociales de los ranchos tarahumaras: un conjunto de ranchos forma un pueblo tarahumara.

jío (guarijíos), *ódami* (tepehuanes), *ö aba* (pimas) y *chabochi*. Este montañoso lugar de toba blanda, con más de 50,000 km² de extensión, se ubica en ambos lados de la Sierra Madre Occidental, al suroeste del estado de Chihuahua. Tiene montañas que alcanzan alturas de 3,250 metros sobre el nivel del mar, como es el caso de Mohinora, y barrancas, como la del río Urique, con 500 metros sobre el nivel del mar.

La formación de las barrancas, que tanto nos sorprenden por su profundidad —y que, si nos toca caminarlas, nos hace sentir la temperatura calurosa y las cansadas pendientes, porque todo sube o baja—, se debe a los ríos Chínipas, Septentrión, Urique, Batopilas, Verde, Basonapa y Mohinora. Por las barrancas entran corrientes de aire marítimo que vienen del Pacífico.

Llueve en verano (finales de junio, julio y agosto) y en invierno (diciembre, enero y parte de febrero). La temperatura en la Sierra oscila entre los 10 °C y los 30 °C, pero en las cimas y barrancas, donde viven los tarahumaras, las temperaturas son extremosas; por ejemplo, en la cima, en los días más crudos de invierno, el termómetro desciende varios

grados bajo cero y en el verano, en la barranca, puede llegar a los 40 °C.

La región en donde viven los rarámuri, dentro de la Sierra Tarahumara, se puede dividir en cinco grandes áreas dialectales —dentro de cada una de ellas se habla una variante de la lengua tarahumara—: 1) oeste (representada por las variantes localizadas al oeste de la Barranca de Urique), 2) norte (que incluye la lengua de Sisoguichi, Nará-rachi, Carichí, Ocórare, Pasigochi y Norogochi), 3) centro (representada por las variantes de la región de Guachochi), 4) cumbre o interbarranca (representada por las lenguas localizadas entre las barrancas de Urique y Batopilas) y 5) sur (que incluye las variantes empleadas al sur de la Barranca de la Sinfrosa, al este de la región tepehuana).⁶

⁶ Esta división se realizó con el Equipo de Lingüística de la Oficina de Estudios Especiales de la Coordinación Estatal de la Tarahumara. Dicho equipo estaba integrado por Reynaldo Balcázar, Encarnación Ciénega, Manuel Carrillo y Leopoldo Valiñas. Bajo la coordinación de Marta Tello. Los resultados son provisionales ya que no se abarcó toda la región tarahumara, este equipo considera incluir también el suroeste, por el municipio de Morelos y otra al noroeste, en la vecindad de pimas y guarijíos (Valiñas, documento mecanografiado, s/f).



El rancho tarahumara, la casa, el corral y la troje. Batopilas, Chihuahua.
Fotógrafa Ana Paula Pintado, 2000.
Acervo personal.

No hay congruencia entre la organización tradicional indígena y el sistema municipal. Muchas veces, la división municipal no coincide con las redes sociales de los ranchos tarahumaras: un conjunto de ranchos forma un pueblo tarahumara, pero un municipio no siempre constituye el pueblo, sino que reúne partes de otros poblados. Así, encontramos pueblos tarahumaras “rajados” por las fronteras del sistema municipal, lo cual es causa de fuertes conflictos para los poblados que pertenecen a dos municipios y están artificialmente divididos por límites administrativos.

Por la condición topográfica, que presenta una caída hacia las vertientes del Pacífico, la mayor parte de los accesos a la Sierra se consiguen desde el Altiplano norte. La mejor manera de entrar a la Sierra es por la ciudad de Chihuahua: se puede escoger entre el tren Chihuahua-Pacífico, que atraviesa las montañas en dirección suroeste-noroeste, o la carretera llamada Gran Visión que, a manera de columna vertebral, comunica la región de norte a sur, conectando caminos secundarios y de herradura que conducen a todos los puntos del territorio serrano. De Chihuahua, por auto o ca-

mión, se puede uno dirigir a Guachochi o a Creel. Desde Creel hay varias opciones: por ejemplo, la carretera a la Barranca de Batopilas o la que conduce a la Barranca de Urique. Otra forma de acceso son las avionetas, pues varios lugares en la Sierra tienen pistas de aterrizaje.

LOS ANTEPASADOS⁷ LES PRESTARON LA TIERRA

La cosmovisión rarámuri es de gran trascendencia para su autodefinición como cultura. El que no hace la fiesta no es rarámuri. Para serlo, hay que trabajar, porque la fiesta también es trabajo, es una manera de cumplir con sus antepasados y así mantener sus tradiciones.

Para los rarámuri, la tierra es donde los pusieron los *anayáwari* (los “antepasados”); es prestada, razón por la cual hay

que trabajarla y respetarla. Toda la naturaleza es digna de respeto y hay que tratarla con amor, con el mismo amor con el que los anayáwari cuidan a los rarámuri. Por eso, no hay que matar a un animal nada más porque sí: hay que sacrificarlo y ofrecerlo a los anayáwari, como en el caso del chivo. Sólo deben matarse a los animales que hacen daño: por ejemplo, las serpientes venenosas, los alacranes o los coyotes, que se comen a las despavoridas gallinas. Cuando se mata a una serpiente que no es venenosa se puede tener mala suerte en la cosecha, pueden llegar unos “animales chiquitos” y comerse la milpa.

En la Tarahumara existe una gran diversidad de recursos naturales; sin embargo, la vegetación más común son los pinos: táscates y, en las orillas de los arroyos, encinos, chopos y álamos. En las cumbres de los barrancos existen alrededor de diez especies de pino y cuatro de encino. En las partes medias de las laderas podemos ver acacias, encinos y olmos, y a medida que descendemos, agaves y nopales. En las partes más bajas encontramos vegetación de chaparral, árboles medianos, como ceiba, guamúchil, pitahaya, capulín, palo de Brasil, palo violín, mezcal, palmilla y tabaco silvestre o *makuchi*, además de mangos, papayas, limones y naranjas, y también chiles, como ese chile rojo de bolitas muy redondas y chiquitas llamado *chiltepín*.

⁷ Antepasado se traduce como anayáwari y se refiere también al término trascendental en la cosmovisión rarámuri: *onorúame*, vocablo por demás complejo. En el *Diccionario rarámuri-castellano* de David Brambila, la palabra se interpreta como “Dios Padre”, pero en términos más estrictos significaría “el que es padre” (de *ono*, “padre” y *rú-ame*, “el que es”). Según expertos en el tema, también existe el término *iyerúame*, “la que es madre”. “Dios Padre” parece una mera transposición de la religión católica. Habría que analizar más a fondo qué relación tiene este concepto con la idea de antepasado, es decir, de anayáwari, y si podríamos hablar de varios onorúame o solamente uno. Si uno le pregunta a un rarámuri “quién es onorúame”, responderá “riosi”, que es una tarahumarización de Dios.

... la fiesta también es trabajo, es una manera de cumplir con sus antepasados y así mantener sus tradiciones.

PERÉAME (“LOS QUE HABITAN EN”): LOS RANCHOS Y LAS CASAS RARÁMURI

El 52 por ciento de los hablantes del tarahumara viven en ranchos de menos de 100 personas. De todos los grupos indígenas del país, los rarámuri son los que viven de manera más dispersa. Un conjunto de ranchos, entre dos y cinco, forman una comunidad. Normalmente, cada comunidad se nombra a partir de su centro, donde casi siempre existe un templo católico, aunque hay algunos que no cuentan con él. Son pocas las rancherías a las que se accede por caminos; para llegar a la mayoría de ellas hay que usar las veredas de los rarámuri, que son como sus redes sociales: son las que los acercan a la gente, las que entretejen sus lugares más recurrentes, las que los llevan al pueblo más cercano para comprar algo de despensa o al rancho vecino donde vive algún pariente o amigo.

Es importante decir que los rarámuri caminan mucho. Por ejemplo, van a pie a cortar la leña, a comprar su despensa en el pueblo —entre dos y tres horas de camino— y a visitar a sus parientes en otros ranchos con motivo de alguna fiesta.

Además, muchos de ellos viven durante el invierno en las barrancas y en el verano en la cumbre; en ambos lugares tienen varias tierras dispersas, algunas de ellas con restos de casas donde sus abuelos o padres vivieron. A los rarámuri les gusta cambiarse de casa cada cierto tiempo, por lo que es común ver casas “abandonadas”, las cuales seguramente en algún momento volverán a ser ocupadas. Su patrón de asentamiento es disperso y móvil. La importancia que tiene para ellos la movilidad puede observarse en las fiestas, donde casi siempre hay procesiones. Durante éstas, llamadas *mapawika mabá*, que significa “todos vamos”, los rarámuri van de casa en casa, o de rancho en rancho, tomando *tesgüino*; como grupo disperso, esta costumbre es muy importante porque les permite comunicarse entre ellos.

Una casa rarámuri consta de un cuarto de 3 x 5 metros, aproximadamente, y de un patio dos o tres veces más grande que el cuarto. La habitación puede ser de piedra y techo de palma, o de tableta o —más recientemente— de adobe y techo de lámina. Son casas con olor a *kobisi* o pinole; a maíz tostado molido en el metate, con agua (llamado *kiorí* o esquiata); a tortillas,

frijoles y humo de táscate. Todo el día permanece prendida una fogata sobre el piso de tierra, en la que se están cocinando frijoles, calentando café, o cociendo tortillas sobre un comal de barro o de lámina. Algunos rarámuri tienen calentones de lámina, regalados por la Coordinadora Estatal de la Tarahumara, hechos con la mitad de un tambo de gasolina. El problema de estos calentones es que gastan mucha leña, razón por la que los rarámuri prefieren seguir usando su antiquísima cocina: leña de táscate sobre un piso de tierra.

El manejo del fuego es sorprendente, pues hasta los niños pequeños saben prender una fogata en pocos minutos.

El cuarto rarámuri, sobre todo los más viejos, además de pequeño, no tiene ventanas, y en algunos casos el techo es muy bajo, por lo que una persona no puede estar de pie. Una de las razones es que la vida del rarámuri transcurre en el patio, los cerros, las milpas, las barrancas. Afuera es donde está su trabajo: visto desde esta perspectiva, lo que llamamos “la casa rarámuri” es muy grande: consta de un cuarto, un patio y un gran entorno.

De todos los grupos indígenas del país, los rarámuri son los que viven de manera más dispersa.



Virginia y Cornelio López, dentro de casa. Batopilas, Chihuahua. Fotógrafa Ana Paula Pintado, 1996. Acervo personal.

El cuarto sirve como almacén, y también para dormir y para protegerse cuando hay lluvias, truenos o frío. En las noches, muchos de los ranchos tarahumaras no se iluminan con luz eléctrica sino con las fogatas y la luz de la luna.

La energía eléctrica, el teléfono y la televisión se encuentran sobre todo en las poblaciones que surgieron por la explotación minera, como Urique y Batopilas; por

El manejo del fuego es sorprendente, pues hasta los niños pequeños saben prender una fogata en pocos minutos.

la explotación forestal, como San Juanito; por el ferrocarril, como es el caso de Creel, o por la construcción del Centro Coordinador Indigenista, en la población de Guachochi. A estas localidades, a las que se accede por carreteras pavimentadas y de terracería, llegan los tarahumaras de los ranchos a trabajar como albañiles, y también a comprar artículos indispensables. En todas ellas los mestizos son mayoría, excepto en Guachochi, el único pueblo en el que la mayor parte de los habitantes son rarámuri, a causa del desarrollo del Centro Coordinador para el Desarrollo Indígena de la CDI y los servicios que brinda éste —además de otras instituciones de asistencia al indígena que han ido sumándose.

El 52 por ciento de los tarahumaras se encuentra en rancherías. Debido a que sus ranchos están muy retirados y la infraestructura resulta muy cara, el acceso a los servicios de esta parte de la población ha sido muy limitado: el 90.6 por ciento no cuenta con servicios de salud, el 78.9 por ciento no tiene agua entubada, el 96.6 por ciento carece de drenaje, el 91.6 por ciento no posee energía eléctrica y el 80.5 por ciento

de las viviendas tienen piso de tierra⁸ (véase cuadro en la p. 39).

En cuanto a la educación, la mitad de los tarahumaras son analfabetas; el 28.7 por ciento tiene la primaria incompleta, y el 24.2 por ciento es monolingüe. La educación formal y pública es deficiente, pero los tarahumaras desde muy niños reciben otro tipo de educación, muy particular. Sus padres los regañan en contadas ocasiones, y les dejan la responsabilidad de decidir por ellos mismos. Desde muy chicos trabajan para la casa y tienen sus propios animales que sus padres les regalan. A partir de los cinco años de edad saben los nombres de los árboles y plantas, llevan a pastar a las cabras y cuidan a sus hermanos pequeños. El pastoreo de las cabras lo hacen normalmente las mujeres con sus hijos, aunque también van los niños solos. Durante más de cinco horas caminan por los alrededores del rancho, gritándoles a las cabras y

⁸ *Indicadores socioeconómicos de las localidades de 40% y más de Población Indígena por Lengua*, Consejo Nacional de Población / Instituto Nacional Indigenista, México, 2000.

Sus padres los regañan en contadas ocasiones y les dejan la responsabilidad de decidir por ellos mismos.

aventándoles piedras para conducir las, jugando con su pelota del rarajipa, su aro de la ariweta o, si es periodo de Semana Santa, tocando el tambor. Cuando encuentran un lugar que les agrada a estos animales, las mujeres se sientan sobre una de esas grandes rocas de la Sierra a hacer alguna costura. La familia se encarga de educar y transmitir los saberes en torno al medio ambiente, la lengua y la cosmovisión. Es la mejor manera de que subsista este conocimiento ancestral.

La lengua rarámuri forma parte de la rama taracahita de la familia lingüística yuto-azteca, que se distribuye desde el oeste de Estados Unidos hasta Centroamérica.⁹ En su inventario fonológico —es decir, en sus sonidos—, esta lengua no difiere mucho del castellano. Algunas de sus particularidades relevantes son: A) no existen los fonemas [d] ni [f]. El nombre de Daniela, por ejemplo, los rarámuri lo pronuncian de forma semejante a “Raniela”, y fuerza, como “juerza”. B) La [ch] se pronuncia igual que en castellano, pero a veces alterna co-

mo [ts]. C) La [j] se oye más suave que en el castellano. D) En inicio de palabra, la [r] suena como en castellano, pero en otros contextos alterna con la líquida retrofleja. Este sonido intermedio entre [l] y [r], que no existe en castellano y se obtiene poniendo la punta de la lengua en contacto con el paladar, se representa gráficamente con [l] o [r]: así, tenemos rarámuri o ralámuli. Se ha visto que es más práctico usar la gráfica [l]. La [r] semejante al español aparece en inicio de palabra, como en rosákame (“blanco”); la lateral [l], aparece en posición inicial como en láname (“amarillo”). E) La lengua rarámuri tiene también un sonido de oclusión glotal o saltillo, que consiste en una interrupción repentina de la voz; se obtiene cerrando la glotis. F) En esta lengua hay una alternancia vocálica entre [i] y [e], [o] y [u], al igual que entre sonidos fuertes y débiles [k] y [g], [t] y [r] y [p] y [b]. Esta alternancia no siempre implica un cambio de significado, como en *nijé* o *nejé* (yo). G) Su forma sintáctica típica es la de sujeto-objeto-verbo; por ejemplo: en español decimos: “yo como tortilla” y en rarámuri se dice necesariamente: “yo tortilla como” (“nijé remé ko’a”). H) La estructura

⁹ En Merrill, texto enviado por el autor por correo electrónico, sin referencia a la fecha.



Candelario López desollando el chivo para la fiesta de la Virgen de Guadalupe. Batopilas, Chihuahua.
Fotógrafa Ana Paula Pintado 2000.
Acervo personal.

de las palabras rarámuri es relativamente simple, lo que provoca que sus oraciones tengan una relativa complejidad. Las palabras, por sí solas, no contienen mucha información, la cual debe de ser retomada por la sintaxis.

Esta importante lengua tiene grandes variaciones regionales por lo que rarámuri no es usado igual entre todos los tarahumaras; si bien rarámuri se usa en las llamadas par-

tes Alta y Media de la sierra; en la región occidental se nombran a sí mismos *rarómri* (*ralómli*) o *rarómari* (*ralómali*) y los del sur *rarámali* (*ralámali*). Cabe aclarar que muchos de los términos usados en este ensayo, así como los ejemplos que se presentan, son el resultado de la experiencia de campo en una región particular —la región cumbre o interbarranca de la Sierra Tarahumara, localizada entre las barrancas de Urique y Batopilas—, lo cual hace que algunos de los términos en lengua rarámuri usados aquí, resulten diferentes para otras regiones.

La complejidad de este vocablo no termina aquí; se dice que *tarahumara* era usado desde épocas prehispánicas por algunas comunidades de hablantes del tarahumara y después se extendió por los misioneros hacia otras comunidades que hablaban la misma lengua o parecida; y que rarámuri surge en algún momento del siglo XVIII, es decir, durante la colonia, cuando ya no habían tantos grupos o “naciones” (como los misioneros nombraban a los diferentes grupos nativos) y las categorías se generalizaron —independientemente de los orígenes étnicos y regionales. Parece que surgió como un gentilicio asociado a un grupo y después se extendió. Sin embargo, hay quienes no comparten esta hipótesis (González Rodríguez y De Velasco, entre otros): dicen que rarámuri se remonta antes de la Colonia y que *tarahumar* es una castellanización

del término rarámuri; es decir, que los misioneros, al no comprender la lengua, los tergiversaron a tarahumar. Contrariamente a esta idea, William Merrill, a través de los documentos sobre la gramática tarahumara que escribieron los jesuitas en el siglo XVII y XVIII,¹⁰ demuestra que conociendo la lengua, la estudiaron prontamente. La incógnita para Merrill es que, sabiendo la lengua ¿Cómo es que no se encuentra en dichos documentos la palabra ralámuli? Aún no está resuelto este difícil dilema, ojalá en un futuro tengamos más claro el origen de estos importantes vocablos.

Matthäus Steffel, misionero Jesuita del siglo XVIII, hace un análisis etimológico de la palabra tarahumar. Nos explica que “tala” viene de “pie” y “humá” de “correr”. Por las razones mencionadas anteriormente, es decir, que se piensa que el vocablo tarahumar viene de rarámuri. Hoy en día se usa “pies ligeros” como la traducción de rarámuri (González Rodríguez, De Velasco).

HAY QUE BAILAR MUCHO PARA QUE LLUEVA

Últimamente ha llovido muy poco en la Sierra, y la escasa agua que cae se desperdi-

cia. Son contadas las ranherías que tienen algún sistema de almacenamiento de agua para utilizarla en tiempos de sequía. Sería bueno que se introdujera un programa de cisternas en la Sierra Tarahumara para que el agua de la época de lluvias se aprovechara; asimismo, con las cisternas se podrían desarrollar sistemas de riego. A pesar de la sequía, los rarámuri sobreviven y logran producir algo de maíz, frijol, papa, calabaza, naranja, manzana y durazno, entre otros alimentos. En los ranchos que se encuentran en los bordes de los ríos, en la profundidad de las barrancas, se siembra chile, papaya, plátano, mango y limón, además de diversas clases de acelgas. La producción depende de las lluvias; inclusive en los bordes de los ríos hay quienes no tienen una manguera para regar su maíz. Debido a la sequía en la Sierra, sobre todo en las barrancas, los rarámuri tienen que salir de sus ranchos a buscar el sustento; por ejemplo, van a la población más cercana para trabajar como albañiles o en el aseo de las casas de los chabochi. También se emplean en granjas situadas cerca de la ciudad de Chihuahua o como jornaleros agrícolas en Delicias o Ciudad Cuauhtémoc, laborando incluso en los campos menonitas. Casi no hay migrantes al extranjero. Otra estrategia para conseguir dinero es la pizca de la marihuana y la amapola. A partir de su relación con el narco, los tarahumaras tienen un ingreso con el que

¹⁰ *Compendio del arte de la lengua de los tarahumares y guazapares* (gramática), Tomás de Guadalupe, 1683; *Tarahumarisches Wörterbuch*, Matthäus Steffel (comp.), Alemania (siglo XVIII), 1826.



Petra López y su hija. Batopilas, Chihuahua.
Fotógrafa Ana Paula Pintado, 1994.
Acervo personal.

adquieren cosas que difícilmente podrían obtener de otra forma: telas para hacer sus ropas, grabadoras y alcohol. Al tarahumara le gusta escuchar los narcocorridos en plena fiesta tradicional. La influencia del narco entre los rarámuri varía de una región a otra: hay zonas con mucha violencia, armas y alcohol, y otras donde los tarahumaras, a pesar de trabajar en la pizca, mantienen una distancia razonable con el narco y no se involucran tanto. Fuera del grupo, los rarámuri dependen de los chabochi para cualquier transacción económica, pues éstos son los

dueños de las tiendas. Compran telas para sus trajes, sal, manteca, café, azúcar o sopas instantáneas, que les gustan tanto. Los chabochi son también quienes les ofrecen trabajo. Es una relación que sigue siendo desigual; aún hay chabochi que se refieren

A pesar de la sequía, los rarámuri sobreviven y logran producir algo de maíz, frijol, papa, calabaza, naranja, manzana y durazno.

... es muy importante cuidar sus *arewá*, vocablo traducido como “alma”, aunque se acerca más al término “fuerza”: algo que da la vida; si no la tienes, te mueres.

a los rarámuri como “cochinos”. Hoy en día ya no existen sistemas de castas; sin embargo, todavía podemos percibir los restos de esa historia colonial.

Si consideramos la tesis de que la palabra o concepto rarámuri surgió en el siglo XVII para identificar a todos los indígenas de la región, en contraposición con el blanco, mestizo o chabochi, entonces, ser rarámuri lleva mucho contenido. Rarámuri es un término que unió a muchos grupos nativos de la zona. Hoy en día “ser rarámuri” se demuestra en los hechos. Si alguien se comporta conforme a las reglas del rarámuri, seguramente le dirán que es uno de ellos. Claro que eso es difícil, porque hay que sembrar y cuidar la tierra, hacer tortillas y ayudar a los miembros de la comunidad cuando lo piden, es decir, hacer la *kórima*, ayudarse por obligación, porque es parte de las reglas estar bien en comunidad, estar bien entre ellos. Y lo más importante de todo: hacer la fiesta, tomar batari (tesgüino), ya que sus antepasados así lo han solicitado.

Otro ejemplo de este principio fundamental del rarámuri “de hacer bien las

cosas”, y también de igualdad con la naturaleza, es el ilustrado por la siguiente anécdota, que me contó Valentín Catarino, un rarámuri de la comunidad de Potrero, municipio de Batopilas: antes todos eran rarámuri, pero hubo unos que no quisieron sembrar y prefirieron cargar las cosas de los demás, después de lo cual los antepasados lo convirtieron en “buritos”, es decir burros; otros, quienes decidieron que era mejor robar, fueron transformados en *chikuli* (“ratones”), y así se explica el origen de diferentes especies de animales.

¿Y si así se explica el origen de los animales, entonces de dónde sale el rarámuri? Según los mitos, éste nació de los antepasados, *riablo* (“diablo”) y *riosi*¹¹ (“Dios”), hermanos que se casaron, tuvieron al rarámuri y después se pelearon.

Por otro lado, para el rarámuri, sol y la luna son sus antepasados, y por lo tanto sus deidades. En algunas regiones de

¹¹ Aquí *riosi* está habitualmente, pero no siempre, en oposición al *riablo*; en este caso los dos términos entran en la categoría de onorúame o *anayáwari*.

la Sierra el sol es mujer “porque es la que da calor”, la que anda trabajando todo el día, y la luna es hombre, “porque anda trabajando en la noche”, porque los hombres rarámuri salen de los ranchos a buscar vigas para construir sus casas o cuidar el terreno que tienen en el otro rancho. A veces, deben caminar de noche; por eso la luna es hombre. Sin embargo, esta es la versión de los tarahumaras de las tierras de la región dialectal de la cumbre o interbarranca, en el municipio de Batopilas. En otras regiones de la Sierra, la luna es mujer y el sol es hombre. Debe recordarse que el territorio de la Sierra Tarahumara es muy grande, y así de extensa es la diversidad cultural.

Para el rarámuri es muy importante cuidar sus *arewá*, término habitualmente traducido al español como “alma”, aunque se acerca más al término de “fuerza”: la fuerza no son los músculos del cuerpo sino algo que da la vida; si no la tienes, te mueres. Así, el hombre posee tres de esas *arewá* y la mujer, cuatro. Según los rarámuri, la mujer es más fuerte que el hombre, porque es la que tiene hijos y trabaja mucho; por eso tiene más *arewá*. El *chabochi* posee el mismo número de *arewá* que el rarámuri, nada más que el *chabochi* no hace bien las cosas. Hay otras regiones de la Sierra donde se dice que el *chabochi* tiene dos *arewá*, como los animales y las plantas.

EL ORIGEN DEL MUNDO

Antes de que existiera la sierra y la gente rarámuri, solamente había un pedacito de tierra; todo lo demás era agua; no había montañas, ni maíz, ni casas. En ese cachito de tierra, rodeado de agua, aparecieron dos *paskoleros* [danzantes], de los mismos que hay ahora. Dios les dijo que bailaran mucho pisando muy fuerte. Así, con una sonaja en la mano derecha y pequeñas sonajas

en los tobillos [*chanébari* o capullos de mariposa], bailaron días y noches hasta que el agua empezó a macizar. El pedacito de tierra empezó a crecer hasta que se fueron formando las montañas. Por eso ahora bailamos mucho para que la tierra siga maciza y no se vuelva a hacer agua (Candelario López, rarámuri de la comunidad de Potrero, comunicación personal).

El rarámuri tiene muy claro que al mundo hay que cuidarlo siempre, no hay que permitir que se muera, que lleguen las aguas otra vez y se inunde la tierra; por eso deben hacer la fiesta, pisando fuerte y manteniendo todo lo malo abajo.

Las fiestas de los tarahumaras pueden dividirse en dos grandes grupos: las que realizan en los templos “católicos” o *riobachi*, construidos a partir de la Colonia, y las que hacen en sus casas, llamadas también fiestas de patio o *awilachi*. En los templos festejan las celebraciones que coinciden con el calendario litúrgico cristiano. La más grande de ellas es la de la Semana Santa o *norirúachi*; en esa ocasión, los rarámuri llegan desde sus rancherías al templo, a veces después de caminar más de cinco horas. En este mismo grupo están las fiestas del santo patrón de la comunidad, de los Santos Reyes, del 24 de diciembre y de la Virgen de Guadalupe, entre otras. A pesar de realizarse en un templo católico y de la influencia de esta religión, las fiestas



Ofrenda de patio: *gúeja* con sangre de chivo, frijoles, tres piedras e incienso en la fiesta de la Guadalupe el 11 de diciembre. Coyachique, Batopilas, Chihuahua. Fotógrafa Ana Paula Pintado, 1999. Acervo personal.

... al mundo hay que cuidarlo siempre, no hay que permitir que se muera, por eso deben hacer la fiesta, pisando fuerte y manteniendo todo lo malo abajo.

que coinciden con el calendario litúrgico cristiano tienen un sentido profundamente rarámuri. Por ejemplo, la Semana Santa o *norirúachi*, que significa “lugar para dar vueltas” —porque se dan vueltas alrededor del templo durante toda la noche—, es el año nuevo, cuando tiene lugar la lucha entre las cosas relacionadas con riablo y las cosas que tienen que ver con riosi. Los



Candelario López, jefe de los morokos, con Juan y Felipe Barrallasco. Batopilas, Chihuahua.
Fotógrafa Leonor Pintado, 2002.
Acervo personal.

... la música alimenta sus *arewá* o fuerzas, es la que las pone contentas. ...hace que el tiempo transcurra de manera vehemente, que la noche en vela se disfrute, que todos bailen felices y no se agoten.

representantes de riablo, los *juríosi*, luchan contra los representantes de riosi, los *morokos*. Pintado su cuerpo en algunos casos con arcilla blanca, los *juríosi* amenazan con el desorden y los *morokos* buscan el orden y la paz. La manera como se pintan los *juríosi* depende de la región: en las tierras del norte, como en Norogachi, llevan pintadas motas blancas, negras y rojas sobre su cuerpo; en las tierras del sur, como en Satebó, se pintan totalmente de negro, o en Tónachi se pintan la cara de negro y el resto del cuerpo con arcilla blanca; en Guadalupe y Calvo se pintan de blanco, y con arcilla negra dibujan unos lentes oscuros sobre sus ojos, imitando al narco.

En norirúachi se oyen los tambores con un mismo ritmo, pero no al unísono. También se toca la guitarra y el violín, al ritmo de las variadas melodías de “la danza del Paskol”. El tambor repica a partir del día de la Candelaria y hasta el fin de la Semana Santa, y no se vuelve a oír hasta la siguiente Candelaria. “La danza del Paskol” se encarga de que todo lo que está abajo, en el inframundo, no suba: las enfermeda-

des vienen de abajo, así que hay que bailar mucho para que no lleguen a la tierra.

Para los rarámuri, la música alimenta sus *arewá* o fuerzas, es la que las pone contentas. La música hace que el tiempo transcurra de manera vehemente, que la noche en vela se disfrute, que todos bailen felices y no se agoten.

El otro grupo de celebraciones son las que se realizan en los ranchos, las fiestas de patio o *awílachi*, que literalmente quiere decir, “lugar para bailar”: *awí*, “bailar”; *la* o *ra*, “para”, y *chi*, que es el locativo; es un patio circular con un altar y tres cruces hacia el oriente. Estas fiestas tienen lugar todo el año y, con algunas excepciones, se rigen por el calendario agrícola. Son fiestas para curar las tierras, a los animales y a la gente, para pedir las lluvias, agradecer la cosecha. En las celebraciones del *awílachi* se sacrifica un chivo o una vaca, cuya sangre se ofrece hacia los cuatro rumbos. Con la sangre del animal y sus entrañas preparan un caldo denominado *ramali*. Le llaman el plato del *owirúame* o curandero, pues es él quien dice cuántos animales hay que sacrificar para



Altar de patio familiar *owirúame*, ofreciendo tesguino. Batopilas, Chihuahua.
Fotógrafo Luis E. Gotés Martínez, 1995.
Acervo personal.

una fiesta. En los *awílachi* se oye el son del *owirúame*, que, al ritmo de su sonaja, baila y canta, es decir, ora, porque el baile y el canto son una forma de rezar. También se escuchan flautas, violines y guitarras, que interpretan las músicas respectivas de “la danza del Paskol”, “la del Matachín” y “la de las Mujeres”, esta última llamada *pochi* (“brincar”).

Otras celebraciones dignas de mención son las de *nutema*, que viene de *nuté*, “alimentar”, dedicadas a los parientes recientemente muertos. Se realizan para darles

comida en su largo viaje hacia *ripá* (“arriba”). Igualmente importantes son las que se llevan a cabo cuando se entierra a un difunto o *chuwé*, lo mismo que las fiestas de trabajo o *napawí nochama*, que literalmente significa “juntos trabajar”: una familia invita a la gente del rancho a laborar con ellos para construir una barda, hacer adobes o cortar el rastrojo. Es la estrategia para ayudarse entre sí.

Las carreras de bola o *rarajipa* son otras de sus fiestas, pero aquí no se sacrifica a un chivo ni baila el *owirúame*, sino que se



32

Los jurios de Semana Santa en el Potrero. Batopilas, Chihuahua.
Fotografía Leonor Pintado, 2002.
Acervo personal.

corre pateando una pelota de madera. Sin embargo, la función de la fiesta es la misma: la gente se pone contenta porque está junta y, por eso, los antepasados se ponen felices. En el rarajipa se apuesta y después se festeja con batari (cerveza de maíz). Los dos grupos que compiten corren largas distancias pateando la pelota; cada vuelta se cuenta con una piedra, y gana el equipo que haya dado mayor número de vueltas. Es importante que esté un owirúame o curandero en cada equipo, ya que él es quien se encarga de que los corredores estén en

óptimas condiciones: si les duelen las piernas, se las frotan con diversas hierbas, incluido el *jíkuri*¹² o peyote o *bakanowi*, porque “con eso corren más”. Las mujeres corren tramos de la carrera para alentar a su equipo, gritándoles “¡we sapuka!”, “¡we jiwera!”, “¡más rápido!” ¡más fuerza!”. Pero las mujeres también tienen su propia carre-

¹² Para el rarámuri, el *jíkuri* es un ser vivo que tiene propiedades curativas. No obstante, se dice que hay que usarlo con precaución porque es muy exigente, y al menor error, quien lo usó para curarse puede terminar de forma trágica.



En las fiestas del awilachi o patio se baila y se canta porque es la forma de rezar. Jóvenes matachines, Batopilas, Chihuahua.

Fotógrafa Ana Paula Pintado, 1999.

Acervo personal.



34

Curación familiar en el patio o awílachi. Batopilas, Chihuahua.
Fotógrafo Luis E. Gotés Martínez, 2000.
Acervo personal.

ra, como mencionamos al principio de esta monografía, la *ariweta*.

En las fiestas mujeres y hombres se ponen sus mejores ropas, sus trajes tradicionales más nuevos, los que sólo usan en esas ocasiones. En la Semana Santa se puede ver un despliegue de colores brillantes. Cada región tiene sus variantes del vestido tradicional; por ejemplo, los tarahumaras de los municipios de Morelos y sur de Batopilas suelen usar las faldas más largas y de manta. Pero también hay muchos, sobre

todo hombres, que no usan su vestimenta típica, pues resulta más barato andar de pantalón y camisa.

¿QUÉ IMPORTANCIA TIENEN LAS FIESTAS?

Las fiestas son la base para la reproducción social, la manera de mantenerse como grupo. Son también parte importante de su principal forma de ayudarse, el *kórima*. Es en las fiestas donde se casan, donde se forman las parejas, donde construyen sus re-



Las veredas son como sus redes sociales por las que se encuentran para ir a sus ranchos, de compras, a sus fiestas.

Fotógrafa Ana Paula Pintado, 1999.

Acervo personal.

des de parentesco. Es ahí donde se resuelven los problemas de la comunidad, donde las autoridades, como el gobernador, el segundo gobernador, el comisario ejidal y el comisario policía, dan el *nawésari*, el discurso, en el que, de forma muy solemne y durante varios minutos, recuerdan a la gente lo que es ser un buen rarámuri.

Los tarahumaras deben seguir su vida, trabajando su tierra y haciendo la fiesta

—y como si la vida misma fuera una carrera de rarajipa—; a pesar de su historia, igual de escarpada que el paisaje donde habitan, tienen la suficiente fortaleza para continuar adelante. Y es que las comunidades rarámuri se apoyan y cumplen con las estrictas leyes de la reciprocidad. De ese modo cobran confianza en ellos mismos y poseen la firme convicción de que lo que hacen es lo correcto, porque los antepasados así lo quieren.

BIBLIOGRAFÍA

- ACÚA Delgado, Ángel, "Análisis estructural y valor de la resistencia en la carrera rarámuri de la Sierra Tarahumara", en *Dimensión Antropológica*, núm. 9, vol. 27, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ARTAUD, Antonin, *Viaje al país de los tarahumaras*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975.
- BENÍTEZ, Fernando, *Los indios de México*, México, Era, 1991.
- BENNETT, Wendell C. y Robert M. Zingg, *Los tarahumaras: una tribu del norte de México*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1986.
- BONFIGLIOLI, Carlo, *Fariseos y matachines en la Sierra Tarahumara; entre la pasión de Cristo, transgresión cómica sexual y las danzas de conquista*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1995.
- BRAMBILA, David, S.J., *Diccionario rarámuri-castellano (Tarahumar)*, México, Obra Nacional de la Buena Prensa, 1976.
- _____, *Diccionario castellano-rarámuri*, México, Obra Nacional de la Buena Prensa, 1983.
- GONZÁLEZ H. Carlos y Ricardo León G., *Civilizar y exterminar. Tarahumaras y apaches en Chihuahua, siglo XIX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Instituto Nacional Indigenista (Historia de los pueblos indígenas de México), 2000.
- GONZÁLEZ Rodríguez, Luis, *Tarahumara, la sierra y el hombre*, México, Secretaría de Educación Pública (SEP, 80), 1982.
- _____, *Crónicas de la Sierra Tarahumara*, México, Secretaría de Educación Pública, s/f.
- _____, *Noroeste Novohispano en la época colonial*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigación Antropológica / Miguel Ángel Porrúa, 1993.
- GOTÉS Martínez, Luis Eduardo, "Sala Noroeste, los rarámuri, guión para re-estructuración", Museo Nacional de Antropología, s/f (ms.).
- KENNEDY, John G., "Teguino Complex: The Role of Beer in Tarahumara Culture", en *American Anthropologist*, vol. 65, Estados Unidos, 1963.
- _____, *Inápuchi: una comunidad tarahumara gentil*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1970.
- LARTIGUE, François, *Indios y bosques: políticas forestales y comunales en la Sierra Tarahumara*, México, La Casa Chata, 1983.
- LIONNET, Andrés, *Los elementos de la lengua tarahumara*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.
- LUMHOLTZ, Carl, "Tarahumari Dances and Plant-Worship", en *Scribner's Magazine*, vol. 16, 1894, pp. 438-456.
- _____, *El México desconocido*, 2 tomos, México, Instituto Nacional Indigenista, 1986 [1904].
- MERRILL, William, *Almas rarámuri*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Instituto Nacional Indigenista, 1992.
- _____, "Identidad *ralámuli*: una perspectiva histórica", s/f (ms.).
- PENNINGTON, Campbell W., *The Tarahumar of Mexico: Their Environment and Material Culture*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1963.
- SERVÍN, Enrique, *¡Ralámuli Raichabo! ¡Hablemos el tarahumar!*, Chihuahua, Instituto Chihuahuense de la Cultura (Solar, Serie Horizontes), 2001.
- SHEPHERD, Grant, *The Silver Magnet: Fifty Years in a Mexican Silver Mine*, New York, E.P. Dutton, 1938.
- THORD-GRAY, *Tarahumara-English, English-Tarahumara and Introduction to Tarahumara Grammar*, Coral Gables, Florida, University of Miami Press, 1955.

VALIÑAS Coalla, Leopoldo, "Lo que la lingüística yutoazteca podría aportar en la reconstrucción histórica del Norte de México", en *Nómadas y sedentarios en el Norte de México, Homenaje a Beatriz Braniff*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Antropológicas-Instituto de Investigaciones Estéticas-Instituto de Investigaciones Históricas, 2000.

_____, "Reflexiones en torno a las lenguas Guazapar y Tarahumara coloniales", s/f (ms.).

VERPLANCKEN, Luis G., S.J., "Los rarámuri o tarahumaras", en Richard D. Fisher (ed.), *The Best of Mexico's Copper Canyon*, Tucson, Sunracer Publications, 2001.

CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN EN HOGARES TARAHUMARAS, 2000¹

	Total	%	Hombres	Mujeres
Población en hogares tarahumaras	121 835		61 994	59 841
Hablantes de lengua indígena ²	75 558	62.0	38 788	36 770
No hablantes de lengua indígena	28 951	23.8	14 455	14 496
No especificado	17 326	14.2	8 751	8 575
Población de 0 a 4 años	16 876	13.9	8 109	7 950
Población de 5 a 14 años	32 279	26.5	15 264	14 986
Población de 15 a 24 años	23 210	19.1	10 818	10 671
Población de 25 a 44 años	28 812	23.6	13 140	13 380
Población de 45 a 64 años	14 229	11.7	6 910	6 043
Población de 65 y más años	5 556	4.6	2 743	2 238
Población de edad no especificada	873	0.7	5 010	4 573
Población de 15 años y más	71 807		36 711	35 096
Sin instrucción escolarizada	28 306	39.4	12 663	15 643
Con algún grado de primaria	27 306	38.0	15 775	11 531
Con posprimaria	15 234	21.2	7 813	7 421
No especificado	961	1.3	460	501
Población ocupada	33 016		23 990	9 026
Ocupados en actividades agropecuarias ³	13 043	39.5	11 643	1 400
Ocupados sin ingresos ⁴	8 496	25.7	6 667	1 829
Viviendas	25 527			
Con agua entubada	12 334	48.3		
Con drenaje	7 346	28.7		
Con electricidad	9 487	37.2		

Notas

¹ Se refiere a la población en hogares en donde el jefe, el cónyuge o algún ascendente declaró ser hablante de lengua tarahumara.

² Incluye hablantes de tarahumara y de otras lenguas indígenas de 5 años y más.

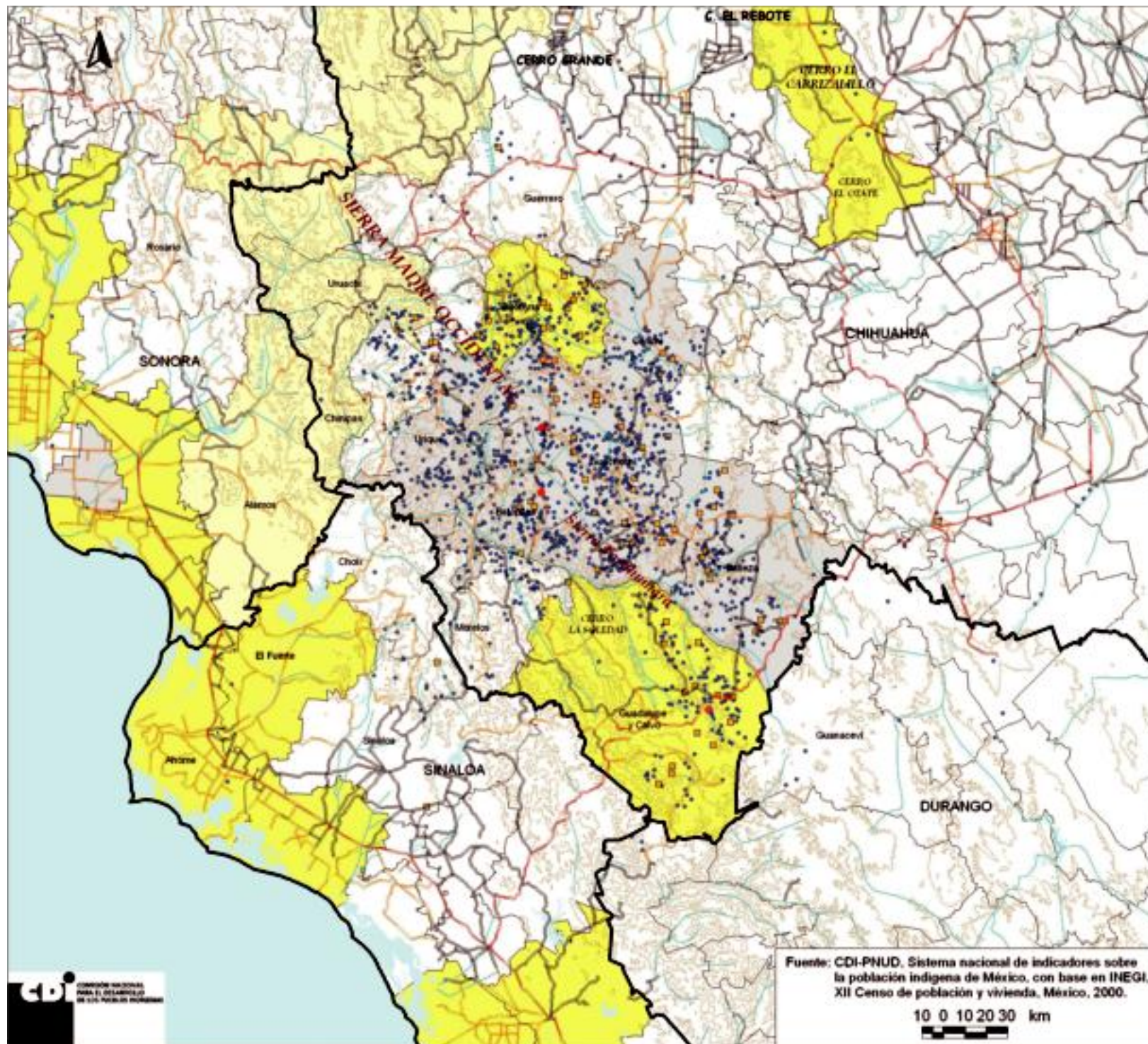
³ La diferencia entre la población ocupada y aquella en actividades agropecuarias está distribuida en otras actividades económicas.

⁴ La diferencia entre la población ocupada y aquella sin ingresos está distribuida en otros rangos de ingresos.

Fuente: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas / Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, "Sistema Nacional de Indicadores sobre la Población Indígena de México", 2002, con base en *XII Censo General de Población y Vivienda*, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 2000.

Tarahumaras, de Ana Paula Pintado Cortina, se terminó de imprimir en diciembre de 2004 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V., San Lorenzo Tezonco 244, Col. Paraje San Juan, Deleg. Iztapalapa, C.P. 09830, México, D.F. El tiraje fue de 6 000 ejemplares.

Las tareas de digitalización y retoque de imágenes, composición tipográfica, diagramación y cuidado de edición estuvieron a cargo de la Coordinación Editorial de la CDI.



Tarahumaras: Localidades con población indígena donde el tarahumara es la lengua predominante, México, 2000.



* Referido al porcentaje de Población en Hogares Indígenas, respecto a la población total del municipio